

de fuego contra ellos, exhortándole á arrepentirse y á que haga un acto de contrición: *Di, perro, pues eres pecador como yo, Señor mío Jesucristo, etc.*

La nona, tomar en nombre de Cristo imperio sobre el demonio, echarlo con la misma palabra con que le arrojó de sí mismo el Señor, cuando le tentó en el desierto (1): «Vete, Satanás; á tu Dios y Señor solo adorarás.»

La décima, es una justa venganza de las injustas molestias que nos hace, dando gracias á Nuestro Señor por el pago que le ha dado á su soberbia, y así le dice: *Calla, que cuando comulgue yo, ofreceré la sangre de Cristo en acción de gracias, que te ha echado en el infierno; bendito sea el que así ha castigado tus maldades.* Con esto se atemorizan estos dragones y tienen gran miedo de venir á tentar á los que no les tienen miedo, antes se alegran con la batalla, viendo que en virtud de Cristo su capitán salen siempre vencedores y muy medrados en sus almas de estos encuentros con sus enemigos.

Armado ya el caminante, es necesario darle avisos de los caminos torcidos, porque no se deje ir por ellos, y de las emboscadas que le esperan para robarle, y de los malos pasos para que sepa como ha de salir de ellos, y así van en el capítulo siguiente.

ARTÍCULO XXXI

DE LOS AVISOS NECESARIOS PARA NO FALTAR EN EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN

1. Rodéase mucho en este camino de oración, *cuando no entra el alma desinteresada con Dios, sin pretender de su Majestad, ni sus regalos, ni sus luces, quietudes, revelaciones, etc.*, antes es medio encontrado con estos favores, por faltar luz y conocimiento

(1) Vade, Satana, Dominum tuum adorabis, et illi soli servies.

del estilo y condición de Dios, que es darse sin medida á quien no pretende consuelos ni regalos en servirle; y así se ataja mucho en llevar derecha y pura la intención de agradar á Dios en todos sus ejercicios, ahora con sequedades, ahora con regalos.

2. Advierta mucho en reconocer y discernir por cuantos medios y modos pudiere, *la diferencia grande que hay de nuestro apetito racional, y del espíritu á la sensualidad*, procurando dividirse, en cuanto pudiere, á sí mismo en dos personas, que son aquellos dos contrarios que interiormente causan esta guerra civil, y están siempre á matarse sin tener una hora de paz, porque de esta división nacen grandes luces para pelear bien la batalla interior, desembozar y ver la cara al enemigo doméstico. y para estimar los actos puramente *espirituales* no haciendo fundamento en cosa *sensible*, aunque sea muy buena, porque no es firme, como cimiento que es siempre de arena y más mudable que ella, con que cesan infinitas ignorancias, trabajos y tristezas, pensando que van mal cuando no tienen devoción sensible, ni consuelo en sus ejercicios espirituales, y por esta causa se dejan caer.

3. Entre bien resuelto en *no mirar para servir á Dios en ganas ni desganadas de la naturaleza*, porque no se le vaya en comenzar y dejarlo sin perseverar en sus ejercicios, porque no perseverarán las ganas ni los fervores primeros, y así falta en sus propósitos. Es la carne muy perezosa y muy mal inclinada, muy encontrada con la luz y libertad del alma; y raras veces son las que siente gana ni aliento en las obras de virtud, y menos en las penas que son contra ella; cobre, pues, su imperio la razón, hágala servir al espíritu con imperio despótico, y andará mucho, *porque no se anda sino cuando se hace fuerza á la sensualidad.*

4. Sepa luego en entrando, *que hacienda quiere Dios que hagan los que entran á servirle de veras*; porque no se quebrante en hacer lo que no le mandan y

no se lo agradezcan. Es, pues, la labor que el dueño de esta viña nos pide, *sacar de raíz la soberbia del corazón y abrasar los deseos de propia excelencia, de ser estimados, de agradar á hombres y de parecerles bien*, que este solo apetito de Lucifer le quita á Dios la entrada en lo interior del alma, y que su Majestad no haga las demás labores que él nos pide y desea en nuestra alma, como las hace con efecto en las almas de los humildes; tómeme odio á este apetito, conozca la fealdad que tiene y la injuria que con él hace á Nuestro Señor, y trate con brío de arrancarlo del corazón.

5. Porque los primeros deseos suelen ser vehementes y apresurados, guárdese de un peligro grande de caer por ellos, que es, *desear arrancar en dos días las raíces amargas y hondas de sus apetitos, y quedar muy sano, muy puro, muy humilde, muy pacífico*: y cuanto trae piel de santidad y fervor esta disimulada presunción, tanto es más dañosa y hace dejar á muchos lo comenzado: *No se ha de volar por este camino cuando no hay alas, sino andarse paso á paso*, según la fuerza de cada uno, ni Dios quiere que falten estos enemigos de nuestras inclinaciones al alma de repente, sino que haya con quien pelear muchos años para nuestra humildad y nuestra corona. Conténtese, pues, con estar enemistado y mal contento con sus pasiones, y resuelto de sufrir el tormento que le dan, y de andar armado contra ellas, nunca diciendo si lo que piden es contra razón, rigiéndose en todo por lo justo como hombre, no por el gusto como bestia.

6. Ha de aprender á *andar con faltas, y no pararse por ellas*; porque si no sabe esta arte, la más dificultosa de este camino, lleva conocido riesgo de volverse. Hálas de haber; que servir á Dios sin faltas, en el cielo se hará. Lo que hay que aprender en ellas, es á caer y levantar, pidiendo luego perdón sin admirarse ni amargarse, ni desmayar por grandes y muchas que sean, sino humillarse, compun-

girse y levantarse más alentado si puede, que esto es gran sabiduría y medio para andar mucho.

7. Procure por cuantos medios pudiere, en especial consultando á su padre espiritual, tener conocimiento y luz de *cuál es el camino y talento de oración, por donde Dios le quiere llevar*, porque si porfía de tomar el camino que Dios no quiere, va perdido, y como tal trabaja mucho y no anda nada.

8. Váyase *al paso de Dios; ni se apresure, ni detenga más en ningún ejercicio, por santo que sea, de lo que Dios quiere*; porque en viendo los demonios que se guía por su parecer, sea cuan santa quisiere la obra, se entran como por su casa propia, *que por suya tienen ellos al propio juicio*, y sin que él lo eche de ver, le hacen arrimar á lo que le hace daño, trayendo razones aparentes, atizándole el fervor sensible, encendiéndole los deseos á fin de llenarle de agrado de sí mismo, de seguridad y aatisfacción propia en lo bueno que hace, y de resistencia al parecer ajeno, aunque sea del padre espiritual.

9. Sea *firme en sus ejercicios espirituales*, preciándolos mucho, guardándose de aquel menosprecio disimulado, que no importa dejar la lección espiritual ó el examen, etc., ya por cumplir con hombres, ya por ocupación, ya por indisposición; sólo Dios ó fuerza que haya y no pueda vencer, basten para que los deje. Y advierta, que saben los demonios muy bien que sin cortarle al espíritu estos cabellos, no hay atar a este Sansón, que con ellos les da guerra y se hace invencible.

10. *No mida á Dios con la cortedad nuestra*, imaginando un Dios que no hay, porque le hacemos grandes agravios á costa nuestra, acortando su misericordia, como si fuera otro hombre al fin como yo y por eso teme de irle á pedir perdón cuando falta en los propósitos y torna á sus primeras culpas; piensa de su Majestad como si fuera de nuestra condición, que se cansa de tanta mutabilidad tanta flaqueza, tantos olvidos y que ha de tomar venganza de

nuestros pecados, con quitarnos los socorros y dejarnos caer más y más; y que le estorbamos con nuestras culpas para que no nos haga mercedes; con otras tonterías dignas de nuestra rusticidad. *No es Dios así*; sálgase de esos antojos y sueños, y déle lo que es suyo: *bueno, misericordioso, compasivo, padre, sufrido, perdonador*; que con serle á Dios este crédito tan debido, se deja obligar de él para hacernos mercedes.

II. Précieise *de cuantas devociones tiernas le ayudaren para amar más á Dios*, y guardarse de aquel espíritu presuntuoso, que dice *no estar en eso la virtud sólida*, y esto lo dice despreciándolas; porque su hinchazón no es capaz de recibir estos regalos, de que gustan los niños de Dios. Todos los Santos las han tenido y las han estimado; porque sabían que como hojas defienden el fruto principal y alimentan las virtudes grandes los motivos tiernos.

12. En resolviéndose de servir á Dios con perfección, *no se ha de afrentar de parecerlo*, sino la cara descubierta, honrarse de buen cristiano y que tiene á Dios por rey y no al mundo ni á sus leyes; y cuando los mundanos, esclavos de la soberbia, se burlen y rían de que no quebranta las leyes de Dios, entienda claramente con juicio perfecto, que en eso le honran y ponen una corona; no sea vario, ni rudo, que habiendo ya resuelto ser siervo de Dios y doméstico suyo, se corra de parecerlo y de que se lo digan sus iguales, llamándole *beato, aturdido, melindroso*: burlense ellos, y sirva él de veras á Dios, haciendo honra de esto y llamándolos á ellos ciegos, ignorantes, esclavos de sus vicios; y dé muchas gracias á Dios que no le llaman á sus juntas, comedias, juegos, borracheras, etc., que á éstos son á quien honra Cristo y conoce por grandes de su reino.

Estos son los avisos más necesarios para no volverse del camino de la perfección, que tantos dejan por las dificultades de sus entradas; unos de miedo, otros de ig-

norancia, otros por ardides de Satanás disimulados, otros por los malos ejemplos de los que conversan con ellos, que como flacos é imperfectos, se rinden á las dificultades, por no haber entrado con avisos y recatos.

ARTÍCULO XXXII

REMEDIOS CONTRA FALTAS

1. Persuadirse que las ha de haber, y que ha de andar con ellas cayendo y levantando; *que si un niño no quiere andar, por temor de que caerá á cada paso, nunca vendrá á andar*. Va mucho en saber ésto y persuadirse que ha de quebrar propósitos y ser vencido de pasiones, porque no se admire cuando cae, y alabe á Nuestro Señor que le tiene de su mano.

2. Sepa de nuestras culpas, *que tienen veneno, y forzosamente lo ha de sentir el corazón con desmayos, bascas y amarguras*; y así no dezconozca éstos, sino aprenda á sufrirlos, como penitencia justa de la culpa, que en esto hay gran mérito.

3. Advierta, que la *soberbia se sabe arrepentir de las faltas; y con grande amargura, tal, que provoca á durísima penitencia*, como hizo en Judas, hasta desesperarle. Y este mal arrepentimiento se ha de resistir fuertemente, porque causa una *tristeza desaprovechada* no nacida de Dios, ni por Dios, sino de la propia presunción, y por no conocer su flaqueza y miseria; y en este tiempo que pierde inútilmente, hace uno más culpas que la pasada; la cual suele ser no más que un pecado venial, y á veces menos, pues no es sino imperfección: y el remedio que toma irracional es hacer muchos pecados veniales advertidos.

Repare mucho en las hablas interiores del espíritu bueno y malo, tan encontradas entre sí, y verá: *que antes de hacer la falta, el espíritu bueno la agrava y disuade*

aunque sea imperfección, para apartar la voluntad de ella; *el espíritu malo la facilita*, y persuade con razones aparentes y apresuradas. Después que ha caído, se mudan los dos espíritus: *el malo encarece la culpa, y lo da todo por perdido*, dificulta la vuelta á pedir perdón, imposibilita la enmienda; *el bueno la deshace, facilita el perdón*, anima á pedirlo, y alienta para adelante. Por estos efectos verá claramente cómo es el espíritu malo el que le desmaya, por haber caído; y el bueno le persuade que ha de andar con faltas, humillándose y pidiendo perdón por ellas.

5. El remedio forzoso para digerir la amargura sensible y la desconfianza que nace de caer y recaer, es *dividirse un hombre en dos*; y saber que estas penas sensibles pasan en la parte interior; y el hombre racional vea la sinrazón del hombre animal, en sentir tanto pesar de pedir á Dios perdón, por no confundirse delante de Dios tantas veces, ni reconocer su miseria, ni dar á Dios gloria de perdonador, bueno y misericordioso, que nunca se cansa de perdonar: y con esto el espíritu sufre los tormentos que le da la parte sensitiva con paciencia, y se burla de los demonios, cuyos son estos desmayos, tedios, dificultades y resistencias de pedir á un Dios tan bueno, que en lugar de reñir y enojarse, regala y enriquece al pecador arrepentido.

6. Es muy poderoso remedio asegurar en su alma, *que le da grande gusto á Nuestro Señor y grande honra el que le va á pedir perdón de su pecado*; que por faltar esta luz y esta verdad en el alma, tienen en ella entrada los demonios para hablar tantas mentiras, sobre que está Dios cansado de esperar tanto de mi mala correspondencia, que de enojado se esconde y me castiga y me desampara, con otras ceguedades que nuestra ignorancia no advierte; cuya conclusión viene á ser, que no volvamos á los pies de Dios á decirle nuestra culpa y pedirle perdón.

7. Nótense mucho los efectos que siente uno cuando

vence la desgana que tiene sensible, y a pesar de ella viene á pedir perdón á Dios; y en los efectos contrarios de la tristeza vana, vencedora, nacida de soberbia, y hallará que en el pedir perdón hay luego paz, alegría y aliento para tomar el camino y á la batalla: y de tener vergüenza de pedirlo, de emperezar y entristecerse, hay amargura, desmayo y desesperaciones de poder salir con la victoria, y dejarlo todo.

8. Es gran cosa en los ojos de Dios *no dejarse estar en la falta, sino levantarse luego*; y aun si pudiese con más aliento, haría agradable sacrificio: y con todo eso desarmaría todo el infierno, porque no hay allá otras armas más poderosas que nuestras culpas, y si sabe aprovecharse de ellas para conocer más á Dios y á sí mismo y recibir nuevas mercedes, entonces serían los demonios vencidos de todo punto con este nuevo ardid de guerra, pues con las balas de los enemigos fortifica más esta criatura su muro.

9. Sépales *dar su peso á las faltas*, que remedia mucho el daño que nos hace el enemigo por no saberlo. Las faltas de ocasión y de tope, á que no está el alma habitualmente rendida, pesan poco en los ojos de Dios, son polvo en el rostro del alma, que con agua bendita se limpia; pero *cuando hay aficción, hay llaga* y ha menester más cura, más espera, más fé, más aliento, para nunca darse por vencido, fiándose de Nuestro Señor que lo ha de remediar, y como valiente, aunque caiga mil veces, exhórtese á sí mismo: *Ea, no es nada; mayor es la misericordia de Dios; Él lo remediará*: mire á David, que presto acudió con *Pecavi* y luego le perdonó Nuestro Señor,

10. Sienta bien de Dios y *confíese aquel abismo de bondad sin suelo*, á quien nuestro ruín corazón mide injustamente como otro hombre, y aun no como otro hombre honrado, sino como vengativo, sañudo, acabada la paciencia: *No le haga estas injurias* de lo que es suyo, *infinitamente piadoso, amoroso, compasivo, que*

nunca se cansa de perdonar; y honrándole como su Majestad merece, tendrá gozo en hallar un *Padre* que le perdone recoja, regale, y llene de riquezas y bendiciones sus injusticias lloradas.

ARTÍCULO XXXIII

VERDADES FUNDAMENTALES DEL EDIFICIO ESPIRITUAL

PRIMERA: *Más tengo, y menos de lo que merezco*; que es decir: *Más tengo de mercedes y favores, y menos de trabajos y castigos*. Asentada el alma en esta piedra fundamental, no se espanta que Dios no le dé la luz y los favores que á sus queridas esposas, viendo claramente que no le merece esa gracia especial y de los trabajos interiores y exteriores nunca se queja, ni le parecen muchos; antes vive agradecidísimo y espantado de la blandura de Dios, que mereciendo el infierno y un dejo de su mano, le trate con tanta blandura y le castigue como á hijo; por esto cuando se queja, la reprenda con rigor, diciendo: *¿De qué te quejas, si mereces arder en el infierno? ¿Para qué es esa soberbia? ¿En qué están los agravios?* Y con esto reprime los sentimientos, y se quieta interiormente.

SEGUNDA: *Sufrir y no echar la cruz de los hombros, que son los trabajos y apreturas temporales é interiores que padecemos*. Esta verdad es principio y máxima en la vida espiritual, en que ha de convertir el alma con Dios, so pena de no hacer vida, ni tener paz con su Majestad, porque nosotros antes podemos echar, que no sufrir el el peso que nos carga de trabajos que su Majestad llama *su cruz*; y esto con gran porfía y ceguedad, como si fueran estorbos para la perfección, que así los mira nuestro amor propio, y como contrarios al recogimiento y oración que deseamos y concierto de nuestros ejercicios: y juzgados una vez por tropiezos, estorbos y enemigos de nuestra perfección, toda la vida se nos irá en trabajar por echarlos de nosotros;

mas como Dios sabe lo contrario, que son el camino derecho de ir á Dios, que es *su cruz*, por donde todos los Santos van, no quiere que los echemos; y como puede más que nosotros, morimos y reventamos en esta pretensión imposible, hasta que dejemos este juicio errado y sigamos el de Dios, y nos dejemos llevar por la *cruz*, abrazándola y deseando todo género de trabajos, y recibéndolos como de la mano de Dios, aunque los envíe por criaturas y demonios; ora sean enfermedades, tentaciones, flaquezas, representaciones malas, faltas de talentos, pobreza, desconsuelos, afrentas, hasta entonces no damos paso en el camino de Dios, que consiste *en dejar nuestro juicio y querer, y pasarnos á los de Dios*, que son juzgar los trabajos por sustento del alma; y la *cruz*, árbol del paraíso, palma de vencedores, lecho de sus esposas: por donde el que sabe vivir en esta vida espiritual, no trata de echar, sino de sufrir la *cruz* y después de gozarse en ella, como el Apóstol.

3. TERCERA: *Dios quiere le sirvamos, ni más ni menos de lo que su Majestad quiere ser servido*: hay unos criados necios, que trabajan mucho en lo que su Señor no quiere, y sobre quebrantarse ellos, ganan la desgracia de su Señor, y son reprendidos de necios y porfiados: *Es luz y provecho no servir á Dios á nuestro modo, sino al modo y trazas de Dios*. Si Dios no quiere ayunos ni disciplinas de sangre, ni otras valentías que hacen los Santos, ¿para qué se atormenta? que oiga lo que está escrito: *En el día de vuestro ayuno se halla vuestra voluntad: mejor, dice, es la obediencia que el sacrificio*. Por no saber esto, se han visto muchos penitentes muy presumidos, y que piensan que hacen mucho, y desprecian á otros mejores que no ellos, y que saben á Dios la condición y el gusto, que es tener en todo remedio el juicio y voluntad á lo que Dios quiere hacer de ellos, sin discurso ni quejas.

4. Si Dios manda dormir, duerme; y si velar y ayunar, vela y ayuna; y todo es para él uno, porque es el gusto de

Dios, y no lo tiene en matarnos, sino en mortificarnos el natural: sólo tira á matar el propio juicio con su estima vana, y la propia voluntad: con esta luz, pues, se anda el camino de la perfección, derecho, breve y fácil, que lo demás son descaminos: y aunque quieran, no los pueden andar los cansados, flacos, enfermos, ocupados: y nos quieren estos ciegos presumidos cerrar el camino para esta pobre gente, no cerrándoselo Dios al que sabe servir ni más ni menos que lo que Dios le manda.

5. CUARTA: *Que no le ha menester Dios, sino para hacerle mercedes.* Este desengaño responde á cuantas dudas y quejas puede tener el alma y los deseos de hacer grandes obras con Dios, cuyo fervor indiscreto hace inquietud é impaciencia de esta verdad. Discurriendo, se sigue que todo cuanto nuestro Señor nos pide, y los empleos que nos da, es por hacernos mercedes, que mejor sabe su Magestad hacerse las hacienda por sí solo que no por ruines instrumentos; mas gusta darnos en qué merecerle la corona.

6. También se sigue, que en quitarnos el cebo sucio de nuestras aficciones, en quebrarnos la salud, echar en tierra los arrimos de hijos, padres, amigos, no es por hacernos mal, sino por romper prisiones y sacarnos á libertad: lo mismo hace cuando la deja tentar y perseguir, todo porque se vea forzada á buscar á Dios, y que no halle acogida en las criaturas, y la ingrata por falta de luz los toma por rigores y castigos.

7. QUINTA: *mucho hace quien mucho ama.* con esta verdad cesa la fatiga y ansias que muchos tienen, porque no hacen nada por Nuestro Señor y aun se enredan en negocios que Nuestro Señor no gusta, y son engañados, olvidándose de los treinta años del silencio de Cristo y de toda la vida de Nuestra Señora, que callando y amando hace más que todos los Apóstoles. No saben qué gran ocupación es estarse gozando en las perfecciones de Dios, y su gusto y gloria con paz interior.

8. Esta es la parte escogidísima de María, esto es, cuando no quiere fiarnos ocupaciones de Marta, las cuales si no han de ser reprendidas, ni llenas de turbación, han de mirar á solo el gusto de Dios. De modo que la ocupación sustancial del alma, que es gozarse en Dios, nunca cesa por no tener los empleos que desea el amor sensible que se debe corregir en el amor espiritual entendido; y aprender de los ángeles *que no se matan los que no bajan á guardarnos, ni se tienen por ociosos, pues quedan amando y alabando á su Criador.* Concluyo, pues, que los muy entendidos en espíritu *no mueren por obras grandes, sino por amores finos*, por unirse con el gusto de Dios, por transformaciones y deseos de su gloria, y estos son los que están llenos cuando les manda sentar y comer, como cuando les manda entrar en las hogueras y lagos de leones.

9. SEXTA: *Que mire derecho la intención ó pretensión de nuestra voluntad:* es su *mirar* cuando mira y pretende en todo cuanto hace sólo el gusto y gloria de Dios, y que su Majestad esté contento y glorioso, y se haga todo á su gusto, y entonces van los ojos derechos; y como es gran fealdad en el rostro ser uno bizco, que mira á dos partes, así lo es en el alma pretender á Dios y así mismo su descanso y su honra: la fina amistad sólo mira el bien del amigo, y ése contento, lo están los dos necesariamente: así el alma que no es tuerta, no tiene torcida la intención á que Dios la regale, enseñe, recoja, etc. En teniendo á Dios contento, tiene ella su descanso y su centro, y éste es el *mirar sencillo* que Cristo alaba en el Evangelio y en los ojos de su Esposa, y de donde, como de un sol, se baña de luz todo cuanto hace la que mira derecho, y la fuente que salta hasta la vida eterna.

10. SÉPTIMA: *Nadie tiene más de lo que Dios le da.* Con ser esta verdad tan cierta como clara, la olvidan cuantos juzgan á sus hermanos, y cuantos se indignan con sus condiciones, y cuantos desprecian sus cortos caudales de entendimiento y otras faltas de habilidades, que si mi-

rasen esta verdad, verían que se indignan contra Nuestro Señor, que no les quiso dar más talentos, y que se ensoberbecen por lo que no es suyo sino de Dios, que se lo dió sin méritos, y le dan por pago levantársele con su hacienda.

11. De muchísimos lazos nos escapa esta luz, y causa un reconocimiento grande á la misericordia de Dios, que por sola su gracia me quiso diferenciar de males naturales. Y pasando á los socorros especiales del alma, se anega el entendimiento en el abismo de la caridad de Dios, que tan de gracia la ha amparado, y no se escandaliza de nadie; como quien sabe que si Dios le negara su luz, diera en mayores abominaciones que el mayor pecador del mundo.

12. OCTAVA: *Dios y trabajos, Dios es.* Esta verdad ven las almas que tienen amor á Nuestro Señor, y lloran mucho sus trabajos y los temen, y no reparan que teniendo á Dios por gracia y con pureza de afectos, no les falta nada, porque Dios es bien esencial, y sin él, aunque tengan todos los bienes criados, es infierno, porque todos son accidentes sin sustancia, y Dios sin más bienes y aun con todos los males criados, es sustancia de gloria y bienaventuranza sin accidentes, y así deben los justos acordarse mucho en sus trabajos y desprecios que son hijos de Dios, para aliviar todo el peso de la cruz, y asentar de una vez *que siendo hijos han de ser tratados como el hijo natural*, y no desconocer la bandera de su divisa, sino tomar por señal clara de ser *hijos*, el ser *trabajados y humillados*.

13. Todas estas razones se vienen á la memoria, *teniendo decorado el aforismo para la ocasión*, con que le da al alma un relámpago en medio de sus tinieblas, que le muestra el camino seguro y la dilata el corazón.

ARTÍCULO XXXIV

DOCUMENTOS SOBRE LAS TENTACIONES

1. Si somos tentados es señal de que Dios nos ama, dice el Espíritu Santo. Los más estimados de Dios han sido los más tentados. Dijo el Angel á Tobías: «Porque fuiste acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.»

2. No pidáis á Dios que os libre de la tentación; pedidle sí la gracia para vencer en la tentación y de hacer su santísima voluntad. El que rehusa combatir, rehusa el ser coronado. Fiaos de Dios, y Dios combatirá en vos, con vos y por vos.

3. Las tentaciones son del demonio y del infierno, dice San Francisco de Sales; pero las aflicciones que en ellas sentís, vienen de Dios y del paraíso. Las madres son de Babilonia, pero las hijas de Jerusalén. Despreciad, pues, las tentaciones, y abrazad las aflicciones con que Dios quiere purificaros y coronaros.

4. Dejad soplar el viento, y no creáis que el rumor de las hojas sea el estrépito de las armas. Es cierto que un Padre infinitamente amoroso, cual es Dios, no permite que sus hijos sean tentados sino para su mayor mérito y corona.

5. Cuanto más dura la tentación, tanto más es señal de que no habéis consentido. Dice muy bien San Francisco de Sales: «Si el demonio sigue batiendo á las puertas de vuestro corazón, es señal de que no ha entrado.» El enemigo no hace estrépito de armas, ni mueve batalla al redor de aquella fortaleza que ya tiene bajo su poder. Si la batalla continúa, es prueba cierta de que continúa la resistencia.

6. Vos teméis ser vencido en el mismo acto que sois vencedor. Vuestro temor nace de confundir el sentir con